

## LA TRAGEDIA FINAL EN LA VIDA ACCIDENTADA DE «EL ESPAÑOLETO»

Bello, vigoroso de color, sencillo de concepción, concienzudamente construido, el cuadro titulado «Nacimiento del Niño Dios», que se conservaba en la Catedral de Valencia hasta la guerra revolucionaria del año 1936, en que se destruyó por el fuego, podía reputarse como una de las obras inmejorables de «el Españolito».

Una tradición malévola nimba el sobrenatural acontecimiento allí desarrollado. Decía el vulgo valenciano que para modelo de la Virgen sirvió la hija mayor de Ribera, y para el del Niño un hijo de ésta, fruto de unos amores irreflexivos de la joven con el infante Don Juan de Austria.

Tal fantasía en el vulgo no es extraña, porque Margarita era excepcionalmente hermosa, la aventura, cierta, y la muchacha servía de modelo a su padre para las Inmaculadas y las Magdalenas; y creía aquél, con deducción lógica, que igualmente serviría de modelo para la Virgen con el Niño de sus Nacimientos, sin reparar en la ofensa que el suceso produjo en la reputación honrada del ilustre pintor. Ribera cae, desde entonces, en el desafecto de Palacio, y rompiéndose como siempre la soga por lo más flojo, es despedido de las espléndidas habitaciones que en él ocupa, retírasele el título de pintor de cámara y tiene que marchar a lugar donde el vivir modesto sea reflejo de los escasos ingresos por su arte, sobreviviendo a su deshonor apenas tres años.

En el año 1646. Margarita contaba dieciséis años, y en Nápoles se sucedían grandes tumultos contra los españoles, dirigidos los rebeldes por el famoso Masaniello, cuando el infante Don Juan de Austria, joven de diecinueve años, fué destinado a pacificar aquellas inquietudes, pasando a Nápoles desde Palermo, a donde había ido con idéntico fin.

Ribera cree un deber, impuesto por su condición de pintor de cámara, invitar a tan alta personalidad, y en su taller le obsequia retratándole al aguafuerte.

Pone en esta obra el artista toda su rara habilidad que posee para dominar la finísima punta del buril, tan sólo comparable con aquella estupenda manera de manejar el color con el que alcanza el fuerte realismo de sus cuadros.

El joven príncipe conoce y trata a Margarita ya en las constantes visitas hechas a Ribera en su estudio, como durante las reuniones fastuosas que daba el artista, alarde de personal distinción.

Dice Utrillos: «Las hermosas, la flor de los aristócratas napolitanos, acudía



*El serenísimo señor don Juan José de Austria*

a sus recepciones, cuya esplendor, comprensible en advenedizo como él, aún se veía aumentada con la vanidad y ligereza de su mujer, que desde la tienda de su padre había subido a ser señora del Palacio de un hombre célebre como lo era ya su marido».

La escasa vigilancia con Margarita, un poco de coquetería, tal vez, en la

muchacha, convencida de su hermosura, que daba lugar a peticiones y desafíos; los halagos de verse requerida por persona tan preeminente, y, sobre todo, la conducta libre del corrompido joven, serían las causas de que las lisonjas reales traspasaran los límites de la admiración, y seduciendo a la muchacha el resuelto galán, huye con ella a Palermo, con gran escándalo de la Corte y pesar de los padres, manchando aquel hogar «que si se hallaba ennoblecido para siempre con innumerables laureles adquiridos por el jefe de aquella casa en el palenque de las bellas artes, quedó desde entonces mancillado por el deshonor y sumido en la más honda amargura», como escribe el conde de la Viñaza.

En la Biblioteca de la *Sociedad de Historia Patria de Nápoles* existe un manuscrito de Inocencio Fuidoro que se titula *Diario de los sucesos ocurridos en la revolución popular de Nápoles desde el 7 de julio de 1647 en adelante*; en él he leído, entre otras noticias interesantes que tienen todo el sabor de observaciones hechas por un testigo presencial, el siguiente pasaje que hace alusión a estos amores:

«Es curioso observar que tras el estrépito de Marte, aún domina el Dios del Amor. Teniendo José Ribera, famoso pintor, una bellísima hija, la cual retrató su padre en la figura de la Purísima, recién pintada para el regio Palacio, el pintor, temeroso de los atropellos que pudieran cometer los revolucionarios, habitaba una estancia del jardín del Palacio Real. Era la muchacha admirada por todos cuantos la veían, y todo el que pasaba quedaba largo rato contemplando su belleza, la cual era tan extraordinaria que cautivó en seguida el ánimo de Su Alteza, que estimaba y favorecía mucho aquella casa. Ocurrió que la noche precedente al día 25 de marzo de 1648, estando don Antonio Enríquez, español, caballero principal, sobrino del Almirante de Castilla, hablando con una esclava de la dama en un portal, y guardando la puerta su compañero Diego de Almodo, llegó don Antonio Carrillo, caballero de cámara de Su Alteza, y confundiendo a éste con Enríquez, lo amordazó y recluyó. Al enterarse Enríquez de lo ocurrido mandó a Carrillo carta de desafío que no fué aceptada. Su Alteza les arrestó, pero, no obstante, el desafío se llevó a cabo, resultando herido Enríquez y al poco tiempo, enviado Carrillo a España.»

El padre Nithard, confesor de la reina, refiere en sus Memorias que una hija, fruto de aquella ilegítima unión, ingresó en el Real Convento de las Descalzas de Madrid, con el título de excelentísima señora sor Margarita de la Cruz y de Austria, donde murió a la edad de 36 años.

Ribera, desde su modesto domicilio en el Posilipo, entonces un arrabal de Nápoles, habitado por hampones y pordioseros, y hoy convertido en ensanche aristocrático, se traslada todos los días a la Cartuja de San Martín para laborar en su cuadro «La Comunión de los Apóstoles», seguramente el de más grandes proporciones y el último que pintó, pues lleva la firma y fecha siguientes:

«Joseph de Ribera, hispanus valentinus academicus romanus. J. 1651.»

Poco a poco, la figura de Ribera, el artista aristocrático y agasajado por todos, se esfuma y se pierde cayendo en el olvido más espantoso. Sus únicos auxiliares siguen siendo los monjes de San Martín, que avaros de su arte excepcional siguen encargándole trabajos.

La falta de salud y el poco trabajo fueron, además, la causa del aislamiento absoluto de Ribera, y la fecha de su muerte permanece ignorada durante algún tiempo para sus historiadores.

Conocedor el incansable investigador y diplomático napolitano don Lorenzo Salazar de este último domicilio de Ribera, buscó en el archivo de la parroquia de Santa María de las Nieves, a la que aquél corresponde, teniendo la fortuna de tropezar con la fecha de defunción; se halla en el libro correspondiente al año 1652 y al mes de septiembre, y dice así:



«A die 5 mori Sr. Joseppe Ribera a fu sepulto a Mergelina.»

¡Qué vaga impresión de soledad y de pobreza produce aquel sencillo frontispicio! Sin embargo, para mi alma tuvo, cuando lo visité, un encanto original; su albo enjalbegado traía a mi memoria las sencillas barracas de la huerta valenciana; hasta para ser más propio el parecido, coronale sencilla cruz de palo, y también, como las barracas levantinas, aquella iglesia recibe en su fachada la suave brisa del mar latino.

Traspuse el umbral, recorriendo en toda su extensión su sencillo interior, cuya nota sobresaliente consiste en un riquísimo mausoleo de mármoles que en el trasagrario se eleva, conservando los restos del poeta Sanasaro; bajé a la

cripta y oré algunos minutos, rodeado de aquellos muros que fueron los últimos en ver los restos mortales del inmortal valenciano, revueltos hoy en la fosa común, y probablemente confundidos con los de sus difamadores y detractores.

José Ribera ha sido *el pintor más grande del Renacimiento español*, como ha escrito el crítico alemán Augusto L. Mayer.

\* \* \*

Valencia y Játiva erigieron a su glorioso artista dos estatuas el 12 de enero de 1888. Hubo, con ese motivo, actos solemnes de carácter literario, y en uno de ellos, el novelista valenciano Vicente Blasco Ibáñez, sintiéndose poeta, le dedicó unas patrióticas estrofas, octavas reales, de las que copiamos la siguiente:

«Bien haces, ¡oh Valencia!, en coronarle;  
el monumento altivo que hoy levantas,  
es honra para ti, pues al cantarle,  
tu propio honor, apasionada, cantas.  
Haces bien, Patria bella, en adorarle,  
pues si estás a su lado te agigantas;  
envuélvete en la atmósfera gloriosa  
que a Ribera circunda esplendorosa.»

*Manuel González Martí.*